

EL VIOLENTO SIGLO AMERICANO



Guerras e intervenciones
desde el fin de la segunda
guerra mundial

JOHN W. DOWER

CRÍTICA

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo

1. La magnitud de la violencia

2. Los legados de la segunda guerra mundial

3. El terror nuclear de la guerra fría

4. Las guerras de la guerra fría

5. Guerras por sustitución y terror vicario

6. El nuevo orden mundial y el viejo: la década de 1990

7. El 11 de septiembre y «un nuevo tipo de guerra»

8. Arcos de inestabilidad

9. Setenta y cinco años de siglo americano

Elogios

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

John W. Dower hace balance de la violencia que el mundo ha sufrido desde el fin de la segunda guerra mundial. Primero fue una mal llamada guerra fría –donde el general Le May se jactaba de haber matado a más de un millón de civiles coreanos con sus bombarderos- después la «guerra contra el terror», sin olvidar las guerras sucias de América Latina o las «operaciones especiales». Un panorama que Obama reavivó con su campaña de modernización nuclear y que Trump mantiene vivo. De ahí que este «poderoso libro», en palabras de Andrew Bacevich, sea, como dice Ariel Dorfman, «de lectura obligada y necesaria».

JOHN W. DOWER
EL VIOLENTO
SIGLO AMERI-
CANO

Guerras e intervenciones desde
el fin de la segunda guerra mun-
dial

Traducción castellana de Carme Castells

CRÍTICA
BARCELONA

Para Yasuko

Prólogo

En 2015, la editorial japonesa Iwanami Shoten lanzó el primero de una serie de volúmenes de ensayos sobre temas de actualidad, al cual contribuí con un artículo titulado «War and Terror Since World War Two». Dicho texto es el germen de este breve libro.

El tema es el mismo, pero aquí se desarrolla en el contexto de la famosa frase «el siglo americano» acuñada en 1941 por el editor Henry Luce, a la que aquí hemos añadido el inquietante adjetivo «violento». Esta expresión de Luce hizo fortuna por razones obvias. De hecho, Estados Unidos salió de la guerra como la nación más próspera, poderosa e influyente del mundo, como lo sigue siendo hoy. Sea como fuere, esta afirmación requiere varias puntualizaciones.

Pese a la abundante retórica sobre la Pax Americana popularizada durante las décadas de la posguerra, Estados Unidos nunca ejerció nada parecido a la hegemonía global. La guerra fría, desde 1945 hasta 1991, presencié una alarmante confrontación entre las potencias estadounidense y soviética —o, en términos generales, entre dos «campos» o «bloques», el capitalista y el comunista—, e incluso esta clasificación bipolar era una gran simplificación de un mundo fracturado y turbulento.

Aparte de ello, pese a la disolución de la Unión Soviética en 1991 y la consiguiente aparición de Estados Unidos como la «única superpotencia» mundial, el siglo XXI ha sido testigo de innumerables razones para desestimar la hipótesis de un siglo americano. Ciertamente es que para ese país el fin de la guerra supuso un triunfo trascendente, y la práctica destrucción simultánea de las fuerzas iraquíes por parte de los estadounidenses en la corta guerra del Golfo en 1991, parecieron confirmar el indiscutible poderío de esa nación en una nueva era de guerra digital y armas de precisión. Sin embargo, esta doble victoria resultó ser engañosa.

Durante la guerra fría, Estados Unidos, pese a su apabullante poder, ya había experimentado el estancamiento y la derrota en Corea y Vietnam. Solo una década después de 1991 el fracaso militar se cerniría de nuevo sobre el país, cuando Washington inició una «guerra global contra el terror» como respuesta a los ataques perpetrados por Al Qaeda al World Trade Center y al Pentágono el 11 de septiembre de 2001, desencadenando un caos y una inestabilidad aparentemente interminables en el gran Oriente Medio. Para enorme disgusto y frustración de Washington, la apabullante superioridad tecnológica del Pentágono se vio obstaculizada por una agregación casi anárquica de actores no estatales y nacionales implicados en una guerra irregular y de baja intensidad.

Así pues, nos enfrentamos a una imagen contradictoria de Estados Unidos como una nación rica y espectacularmente armada con una gran retórica, un enorme poder, una soberbia abrumadora, una paranoia profunda y arraigados defectos y patologías. Pese a todo, la acuñación del término «siglo americano» sigue pareciéndome útil. Para bien o para mal, Estados Unidos domina el globo y sin tener una verdadera competencia. Su economía no tiene rival. Su prosperidad y los ideales que profesa siguen siendo una

inspiración para muchos. Al margen de cómo valoremos su éxito en sus actividades bélicas (o en el mantenimiento de la paz), su magnitud sigue siendo impresionante. El mundo nunca ha albergado un Estado con tantas bases militares en tantos países remotos: más de ochocientas en la segunda década del siglo XXI, guarnecidas por ciento cincuenta mil soldados en unas setenta naciones. El gasto militar anual estadounidense supera el total del gasto de gran parte del resto del mundo. Y en cuanto al constante mantenimiento y actualización de los instrumentos de destrucción más sofisticados que podamos imaginar —incitando de ese modo a aliados y potenciales antagonistas a intentar mantener la paz— Estados Unidos, sin duda, no tiene rival.

Esta superioridad militar, con todos sus fallos e incidencias, es un aspecto fundamental del siglo americano iniciado tras la segunda guerra mundial. Junto a ella (lo que corresponde a la otra parte del título de este libro), está la violencia que ha actuado como un bajo continuo a lo largo de estas largas décadas de la posguerra. Así pues, un simple aunque fundamental objetivo de este libro ha sido ensamblar una concisa panorámica del alcance, la magnitud y la diversidad de los conflictos globales y de la muerte, el sufrimiento y los traumas causados por la guerra desde 1945. Todo ello incluye genocidios, politicidios, guerras civiles y conflictos localizados en los que Estados Unidos puede no haber desempeñado ningún papel o, si acaso, un papel periférico. Al propio tiempo, EE. UU. ha participado en la violencia fuera de sus fronteras mucho más a menudo de lo que la mayoría de estadounidenses piensa o le interesa saber, a veces en despliegues explícitos, otras junto con las Naciones Unidas o la Organización del Tratado del Atlántico Norte, pero habitualmente en operaciones en solitario, clandestinas y «encubiertas». Tanto durante como después de la guerra fría, Estados Unidos, al igual que la

Unión Soviética y su sucesora, Rusia, instigaron la violencia mediante guerras vicarias, ventas de armas, y apoyo a regímenes totalitarios, acciones invariablemente emprendidas, en el caso de EE. UU., en nombre de la paz, la libertad y la democracia. Una buena parte de este intervencionismo alimentó, y sigue alimentando, las represalias contra los estadounidenses.

Poniendo de manifiesto la violencia relacionada con la guerra, me sitúo en contra de la moda actual en los estudios académicos que pone el acento en el carácter pacífico de las décadas de la posguerra, incluso hasta el punto de avalar un vertiginoso declive de la violencia global desde 1945. En estas páginas no debatiré directamente con los apóstoles de este descenso que se dedican a recalcar interesantes tendencias cuantitativas, pero yo observo el mundo desde una perspectiva distinta —tal vez más trágica— y he intentado demostrar por qué investigando la violencia militarizada desde diversos ángulos. Uno de los elementos centrales de este análisis lo constituyen las décadas que abarcan desde 1945 hasta el desmoronamiento de la Unión Soviética en 1991, una época en la que el panorama global de muerte y devastación hacen que la expresión «guerra fría» se convierta en una broma burda y cruel.

Ya desde el segundo año del siglo XXI hemos vivido en una era profundamente preocupada por el «terror» y el «terrorismo». Pero este tipo de atrocidades no son nada nuevo. La enorme magnitud del terror de Estado practicado por naciones comunistas como la Unión Soviética y China bajo las dictaduras de Iósif Stalin y Mao Zedong, dirigido básicamente contra los que se consideraban enemigos internos, ha dejado unas manchas indelebles en las reputaciones de esos países. Sin embargo, desde el 11 de septiembre, el terror se ha instalado en la conciencia de los estadounidenses, y de los occidentales en general, debido a

las atrocidades perpetradas en gran medida por actores no estatales como Al Qaeda, EIL (Estado Islámico de Irak y el Levante), y otros grupos de esta índole. En cualquier caso, la atención se centra en el terrorismo practicado por otros países.

Estos actos de violencia terrorista se abordan en las páginas siguientes. No obstante, también se presta especial atención al asunto, por lo general tabú, del terror de Estado practicado por Estados Unidos y sus aliados. Ello incluye el bombardeo estratégico a Corea desde la segunda guerra mundial, en la década de 1950, y el del sudeste asiático en las de 1960 y 1970, en los que ciudades y pueblos densamente poblados se consideraron explícitamente como blancos para destruir, entre otras cosas, la moral del enemigo. Un capítulo sobre la guerra fría aborda lo que los estrategas estadounidenses denominaban «el delicado equilibrio del terror» de la carrera armamentística nuclear, y las secciones que concluyen este texto se ocupan de la reactivación de esta locura intimidatoria presente en los planes actuales para la «modernización nuclear». Otro capítulo, sobre la década de 1980, presenta un estudio de caso sobre la ayuda estadounidense a los regímenes derechistas latinoamericanos y a los grupos insurgentes, implicados en el terrorismo «anticomunista», entre cuyas actividades se contaba la tortura.

Cuando la administración de George W. Bush respondió al 11 de septiembre declarando una «guerra global contra el terror» y poniendo en marcha las desastrosas invasiones de Afganistán e Irak, en realidad no se desviaba, como tantos han sostenido, de las directrices de la política existente. La respuesta excesiva a la atrocidad perpetrada por los diecinueve terroristas de Al Qaeda —inaugurada, en el caso de la invasión de Irak, en 2003, con el bombardeo masivo encaminado a sembrar la «conmoción y el pavor» en el

enemigo—, supuso esencialmente el desencadenamiento de una máquina de guerra ya fogueada y experimentada en intervenciones en el extranjero, incluyendo bombardeos intensivos, operaciones encubiertas y prácticas en el «lado oscuro» como la tortura.

Las largas notas finales que acompañan a este breve texto pueden considerarse, en gran medida, como una reflexión derivada de mi interés en la incesante evolución de la tecnología militar en el siglo americano y del lenguaje interno que la acompaña. En la terminología militar, como en todas las jergas, el lenguaje en el que se especifican las políticas se convierte casi literalmente en un formulario (y, en el caso del léxico militar, plagado de una avalancha de acrónimos). Esto se convierte en pensamiento de grupo, pero el grupo es lo bastante flexible como para repensar estrategias a medida que las circunstancias y los imperativos tecnológicos —como el simultáneo fin de la guerra fría y el auge de la guerra computarizada lo exigen—. Muchas de las anotaciones ponen el acento en fuentes internas en las que el lenguaje, la tecnología y la estrategia forman parte de una intersección: documentos de planificación desclasificados, instrucciones para misiones no confidenciales, «manuales de tortura» básicos, estudios de laboratorios de ideas, pronunciamientos políticos de alto nivel, y recopilaciones de antiguos estrategias y operativos de la CIA que analizan retrospectivamente lo que vieron e hicieron en el vientre de la bestia con reflexiones críticas e incluso mordaces.

Las notas finales también revelan mi deuda con muchos periodistas de investigación que han escrito con gran agudeza sobre las muchas caras trágicas de la violencia en nuestro mundo después de la segunda guerra mundial. A estas deudas debo añadir el apoyo prestado a la publicación de este volumen por Tom Engelhardt y Nick Ture, que

han puesto el listón muy alto al periodismo crítico con sus incisivos escritos, así como a la inestimable página web www.tomdispatch.com. Tom, amigo de siempre desde los estudios de licenciatura a finales de la década de 1960, editó mi manuscrito final con generosidad y ocasional severidad, y Dao X. Tran, en su calidad de corrector, contribuyó minuciosamente a limar las asperezas del texto. Por supuesto, el responsable de todo el contenido y de las carencias del texto soy yo.

30 de septiembre de 2016